

Carmen Cecilia Toscano, retrato de una docente rural*

Carlos Augusto Lozano Jaimes
Magíster en Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas Extranjeras
Correo electrónico: charlie1557@hotmail.com
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia



En el sur del municipio de Rionegro, departamento de Santander, está ubicado el no muy grande pero hermoso corregimiento de Llano de Palma. Hay una iglesia, un parque, un colegio y unas cuantas casas cubiertas de polvo, porque la carretera para llegar ahí no está pavimentada. La economía del pueblo se basa principalmente en el trabajo de los galpones, el ecoturismo que desde el colegio ha tratado de impulsarse, y las personas que peregrinan fervorosas a celebrar la virgen que hace más de cien años se apareció en la cara de un pocillo.

Todos conocen de memoria la historia. Cuentan los feligreses que a una mujer se le cayó un pocillo tintero y cuando trató de levantarlo notó la aparición divina. Desde entonces, ni siquiera el párroco del pueblo quién no quiso avalar el milagro pudo detener la romería que de semana en semana ha durado más de un siglo. Y ahí, en el corazón del corregimiento de Llano Palma, en el colegio que tiene el mismo nombre, trabajó por más de dieciséis años la docente Carmen Cecilia Toscano, once en primaria y cinco en bachillerato.

* Crónica resultado del trabajo realizado en el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece la Unidad de Desarrollo Curricular y Formación Docente de la Universidad Santo Tomás.

“¡Ay no- mis días eran tan agotadores!”

Todos los días Carmen Cecilia se levantaba a las cuatro y media de la mañana a cocer parte del almuerzo. A las cinco y media debía salir de su casa, tanquear la moto, y subir por una hora la vía destapada que llegaba al colegio. Con suerte, llegaba temprano. En ocasiones no podía hacerlo porque se varaba a medio camino o por la carretera que se dañaba a causa del invierno. Y cuenta Carmen, en medio de risas, que su inicio de día era relativamente sencillo, pues vivía en Rionegro; los docentes que viajaban desde Bucaramanga debían despertarse a las tres y media, o mucho antes si vivían en Piedecuesta, porque a las cuatro y media pasaba un jeep por la Clínica Comuneros para llevarlos hasta el colegio. Y estos docentes, que al igual que Carmen estaban a la merced de vararse o retrasarse por culpa del invierno, además, debían pagar un peaje cada vez que iban y regresaban del colegio.

A las seis y media comenzaba su jornada escolar que solo interrumpía para pagar una cuota de 40.000 pesos que todos los docentes cancelaban por un jornalito o para atender al cura en tiempos de feria de la virgen del pocillo. El jornalito, como así le llaman, era una cuota que los docentes les pagaban a unos obreros para hacerle mantenimiento a la carretera. En el caso de las ferias, los docentes debían dividirse en comités para gestionar los recursos y organizar campeonatos y la comida que se ofrecería a los participantes de las festividades.

Si no habían más interrupciones, Carmen estaba lista para recibir a sus estudiantes que llegaban al colegio a pie, en moto, en cicla u ocasionalmente en caballos para sortear la difícil carretera. Carmen tenía estudiantes desde preescolar hasta quinto primaria en un mismo salón y a todos debía enseñarles con un modelo pedagógico conocido como Escuela Nueva. En contra de toda reacción inicial de tener estudiantes de seis niveles diferentes en un mismo salón, el

modelo de Escuela Nueva, creado en Colombia, ha sido galardonado por el Banco Mundial y la UNESCO e implementado en cerca de veinte países por sus resultados contundentes.

Con este modelo, Carmen asignaba talleres a los más grandes mientras le dedicaba tiempo a los más pequeños para que aprendieran a leer. Tres eran las materias que podía dictar por día. Durante el descanso trataba de acercarse a los niños que no se involucraban en las clases; más de una década de experiencia le había enseñado que los niños mal portados o no habían desayunado o estaban viviendo situaciones precarias en sus casas. Acercarse a ellos durante el descanso era la forma de Carmen de tratar de apoyar al estudiante. Después del descanso, los estudiantes de Carmen finalizaban sus talleres y socializaban lo hecho en clase. La jornada laboral terminaba a la una de la tarde.

Después de terminar el colegio, Carmen despedía a los estudiantes con besos y abrazos y atendía a los padres con todas sus consultas. Luego, una vez más, la carretera. Si no había trancones, podía llegar a su casa a las cuatro de la tarde a almorzar. Descansaba media hora. Luego de la siesta, debía levantarse a planear sus clases, a imprimir y fotocopiar los talleres que les pagaba a sus estudiantes de su propio sueldo, y a comprar lo que necesitaba para la comida y el almuerzo del día siguiente.

Aun así, Carmen apenas estaba a media jornada. Como madre, debía revisar las tareas de su hija, dialogar con ella, y explicarle los temas que no entendía. Usualmente terminaba a las nueve de la noche. A esa hora, debía preparar los guisos con que condimentaría los cocidos que hacía en la madrugada. A las diez de la noche iniciaba su vida de estudiante. Carmen tiene una especialización y una maestría de la UDES. De diez a medianoche, debía consultar, leer y hacer los trabajos que le habían asignado. A media noche, por fin, podía irse a dormir.

“Después de dieciséis años terminó mi ciclo”

Regularmente los días de Carmen Cecilia Toscano en el colegio de Llano de Palmas eran agotadores. Pero a esos días había que añadirle la presión de tres situaciones. Primero, su salud. Carmen terminó por tener migrañas y una depresión que menguaron sus energías; y eso, que como dice ella, la sacó barata. Muchos de sus compañeros acabaron por tener problemas en sus cuerdas bucales, disfonías, cánceres desatendidos y reclusos en clínicas de reposo víctimas del desgaste físico y emocional. Segundo, la presión de la guerrilla. Antes del 2008, los docentes debían pagar una vacuna mensual y enviar la información que la guerrilla quería que se enviara a los padres de familia. Los que no lo hicieran debían irse del pueblo en un plazo de cinco días so pena de ser asesinados. Carmen abandona la risa que con frecuencia le brota a borbotones y sentencia:

En este pueblo se puede ser sindicalista, pero líder no. O sino termina uno muerto como una

compañera que se negó a enviar una información y a la semana la mataron. Por eso hay que asumir las vacunas como un recibo más de la casa que hay que pagar.

Finalmente, el abandono del Estado. Carmen comenta, con ciertos aires de desilusión, que todos sus estudios los ha tenido que pagar sin el apoyo del Estado. Carmen es una profesional que ha trabajado toda su vida en el campo, pero aún no tiene vivienda propia porque o pagaba la casa o pagaba sus estudios. Y todo esto termina con la peor conclusión: “y si eso es acá que vivimos relativamente cerca de la ciudad, imagínese cómo será en áreas más alejadas como el Meta o el Chocó”.

Por eso Carmen cerró su ciclo. Dieciséis años le dedicó al colegio de Llano de Palma. Dice Carmen que “es hora de dejar que uno más joven continúe con la lucha”. Y así es. Es hora que una nueva persona asuma los roles de docente, psicóloga, madre, estudiante, sindicalista, líder, gestora de recursos, doliente, sintiente y hasta de organizadora de las ferias de la Virgen del Pocillo.